



**El testimonio del padre Álvaro Ulcué a la luz del testimonio de Juan El Bautista centrado
en la persona de Jesús**

**The testimony of father Álvaro Ulcué in light of the testimony of John The Baptist
centered on the person of Jesus**

Joan David Sánchez Sánchez

Trabajo de grado presentado para optar al título de Teólogo

Director

Iván-Darío Toro-Jaramillo. Doctor (PhD) en Teología

Universidad Pontificia Bolivariana
Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades
Medellín, Antioquia, Colombia

Teología

2025

**EL TESTIMONIO DEL PADRE ÁLVARO ULCUÉ A LA LUZ DEL TESTIMONIO
DE JUAN EL BAUTISTA CENTRADO EN LA PERSONA DE JESÚS
THE TESTIMONY OF FATHER ÁLVARO ULCUÉ IN LIGHT OF THE
TESTIMONY OF JOHN THE BAPTIST CENTERED ON THE PERSON OF JESUS**

**Joan David Sánchez Sánchez
Iván-Darío Toro-Jaramillo**

RESUMEN

El presente artículo reflexiona sobre el significado de ser testigo y dar testimonio a partir de la figura del padre Álvaro Ulcué, sacerdote indígena Nasa, cuya vida constituye una muestra actual de coherencia evangélica. El objetivo del texto no es idealizar ni construir una ideología en torno a su persona, como ha sucedido en ocasiones cuando ciertas experiencias se han instrumentalizado con fines sectarios, sino profundizar en el valor teológico y humano de su testimonio. Para ello, se asume una perspectiva etimológica, teológica y antropológica, iluminada por la experiencia de Juan el Bautista, quien conduce siempre al núcleo esencial de la fe cristiana: Jesucristo. Para comprender el significado de los conceptos “testigo” y “testimonio” en el ámbito teológico, especialmente en relación con la figura del padre Álvaro Ulcué en la esfera especulativa y utópica -lo que se cuenta y se sueña-, es esencial explorar estos términos a lo largo de la historia, particularmente en el contexto religioso del Antiguo y Nuevo Testamento. El término “testimoniūm”, en latín, se refiere a prueba y veracidad, mientras que en griego “mártir” implica la entrega de la vida por la fe. En el Antiguo Testamento, el testigo se relaciona con juicios, pactos y defensa de la ley; en el Nuevo Testamento adquiere un sentido personal y cristo céntrico, centrado en Jesucristo, cuya vida, pasión, muerte y resurrección constituyen el fundamento del testimonio cristiano. En este sentido, la vida del padre Álvaro se comprende como una actualización de la experiencia evangélica del testimonio. Al igual que Juan el Bautista, llamado como precursor de Cristo, asumió una misión profética caracterizada por la cercanía, la fidelidad a su pueblo y la denuncia de la injusticia. Su testimonio fue signo de resistencia y esperanza para su comunidad, encarnando el mensaje de Jesús en un contexto de opresión y violencia.

Palabras clave: Testimonio, testigo, indígenas, mártires, vocación indígena, idealización, fanatismo, guerra, lucha de tierras, identidad indígena.

ABSTRACT

This article reflects on the meaning of witnessing and bearing witness from the figure of Father Álvaro Ulcué, a Nasa indigenous priest, whose life constitutes a current example of evangelical coherence. The purpose of the text is not to idealize or build an ideology around his person, as has sometimes happened when certain experiences have been instrumentalized for sectarian purposes, but to deepen the theological and human value of his testimony. For this, it assumes an etymological, theological and anthropological perspective, illuminated by the experience of the apostle John, who always leads to the essential core of the Christian faith: Jesus Christ. To understand the meaning of the concepts "witness" and "testimony" in the theological field, especially in relation to the figure of Father Álvaro Ulcué in the speculative and utopian sphere; what is said and dreamed of, it is essential to explore these terms throughout history, particularly in the religious context of the Old and New Testaments. The term *testimonium*, in Latin, refers to proof and truth, while in Greek *martyr* implies the giving of life by faith. In the Old Testament, the witness is related to judgments, covenants and defense of the law; in the New Testament it acquires a personal and christocentric sense, centered on Jesus Christ, whose life, passion, death and resurrection constitute the foundation of Christian testimony. In this sense, the life of Father Alvaro is understood as an update of the evangelical experience of witness. Like John the Baptist, precursor of Christ, he assumed a prophetic mission characterized by closeness, fidelity to his people and denunciation of injustice. Their testimony was a sign of resistance and hope for their community, embodying the message of Jesus in a context of oppression and violence.

keywords: Testimony, witness, indigenous people, martyrs, indigenous vocation, idealization, fanaticism, war, land struggle, indigenous identity.

INTRODUCCIÓN

¿Cómo ser testigo y testimonio centrado en Jesucristo? El testimonio del padre Álvaro no puede entenderse dentro de los moldes tradicionales de caudillos o líderes revolucionarios, cuya influencia, a menudo, se limita a símbolos de levantamiento utilizados por la masa para justificar actos irracionales o fanáticos. En contraste, la lucha y el testimonio del padre Álvaro no se fundamentan en ideologías humanas, sino en el Evangelio hecho carne en Jesucristo.

Al igual que Juan el Bautista, su vida se orienta a ser testigo de la verdad hasta la muerte, encarnando un camino de servicio y defensa de los más olvidados y marginados.

Los verdaderos santos se distinguen por vivir genuinamente su opción evangélica, sin calcular sus actos ni orientarlos a la búsqueda de un reconocimiento posterior, como podría ser un eventual proceso de canonización. Su existencia se configura como una adhesión plena al Evangelio, que en ellos se hace carne siguiendo la lógica de la encarnación del Logos: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14). Esta fidelidad los conduce a una entrega total a la vocación, entendida no como un simple oficio dentro de la comunidad, sino como participación vital en el misterio de su donación. En este horizonte, asumen la radicalidad del seguimiento expresada en las palabras de Jesús: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lc 9,23). La santidad, entonces, se manifiesta como la encarnación del Evangelio en la vida concreta, hasta el punto de poder decir con Pablo: “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gal 2,20). Así, el santo se convierte en signo de amor total, dispuesto a entregar su existencia, como lo afirmó el apóstol Juan en su evangelio: “Nadie tiene amor más grande que dar la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

Los grandes testigos del Evangelio, en su dimensión apostólica y profética, corren el riesgo de ser confundidos con la verdadera fuente que inspira su vida y misión: Jesucristo. Su testimonio no se centra en sí mismos, sino que proclama con fuerza la presencia de Aquel que los llamó, convirtiéndose en signo vivo de la donación al servicio del Reino. La vocación del testigo se configura como imagen de Cristo en medio del pueblo. No obstante, se corre el riesgo de convertir al líder o al mártir en una figura transformada en caudillo que suscita adhesiones emocionales y movimientos sectarios, tanto en el ámbito religioso como en determinadas agendas políticas. La perspectiva profética recuerda que el verdadero testimonio no busca adhesiones personales, sino señalar, como lo hizo Juan el Bautista: “Es necesario que él crezca y que yo disminuya” (Jn 3,30). De este modo, el testigo mantiene su identidad en coherencia con el Evangelio, orientando siempre la mirada hacia Cristo, centro y fundamento de toda vocación cristiana.

El ser humano, por su naturaleza limitada, es siempre vulnerable a los poderes efímeros de este mundo. Las mismas tentaciones que Jesús enfrentó en el desierto (cf. Mt 4,1-11) se repiten en nuestra existencia cotidiana y, con frecuencia, resulta difícil rechazarlas, pues

implican la seducción del placer, del prestigio y del poder. Los grandes santos y testigos de la fe tampoco están exentos de estas pruebas; tanto ellos como sus comunidades pueden distraerse del verdadero centro. En este contexto, la vida del padre Álvaro Ulcué constituye un ejemplo notable de coherencia evangélica: a pesar de las dificultades, la presión social y la violencia estructural de su entorno, mantuvo su testimonio plenamente centrado en Cristo. Su entrega total refleja la renuncia al “yo” personal para dar lugar al Verbo encarnado (cf. Gal 2,20), encarnando con fidelidad la vocación profética y apostólica que lo impulsó a servir y acompañar a su pueblo, incluso hasta la entrega de su vida.

Esta entrega radical no está exenta de tentaciones. Muchas biografías de santos muestran cómo, en algún momento, sintieron la ilusión de que sus obras, milagros o virtudes eran fruto de sus propios méritos y capacidades, olvidando que todo proviene de la acción de la Trinidad. Estas tentaciones no afectan únicamente al protagonista. Quienes observan estas vidas y testimonios pueden caer en la idolatría del discípulo, dejando de reconocer al verdadero Maestro. El Evangelio aclara esta dinámica con el ejemplo de Juan el Bautista: “Vosotros mismos sois testigos de que dije: ‘Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él. El que tiene a la novia es el novio; pero el amigo del novio, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz del novio. Esta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud. Es preciso que él crezca y que yo disminuya’” (Jn 3,28-30). Así, el testimonio auténtico se centra siempre en Cristo, y no en la exaltación del testigo.

El Concilio Vaticano II, en la Constitución *Lumen Gentium*, subraya que “el pueblo santo de Dios participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo, sobre todo, con la vida de fe y caridad” (LG 12). Este principio ilumina la vida del padre Álvaro Ulcué, cuya existencia encarnó esta misión profética de manera radical: su testimonio no se limitó a palabras, sino que se manifestó en la entrega de su vida al servicio de su comunidad, siendo mediador entre la experiencia de Cristo y las realidades de los necesitados. Al igual que Juan el Bautista, precursor de Cristo, el padre Álvaro orientó su vocación a señalar la presencia de la Luz, no para engrandecerse a sí mismo, sino para que el Verbo creciera en medio de su comunidad. Su coherencia evangélica, basada en la fidelidad y en la denuncia de la injusticia, refleja cómo el testimonio auténtico consiste en vivir plenamente la fe, asumir riesgos y, si es necesario, donar la propia vida, manteniendo siempre a Cristo como centro.

En primer lugar, el artículo comienza con el marco teórico bíblico de los conceptos clave de “testigo” y “testimonio”, abordando sus raíces etimológicas, antropológicas y teológicas. Posteriormente, se profundiza en estos conceptos en el Antiguo y Nuevo Testamento como fundamento cristiano. En un tercer momento, se presenta el paralelo entre Juan el Bautista y el legado del padre Álvaro, especialmente en su dimensión profética, cuyo centro es Jesucristo. Por último, se exponen las conclusiones principales y los aportes de esta investigación.

MARCO TEÓRICO

De alguna manera, ser testigo implica vivir de acuerdo con algo que se cree, se experimenta y se tiene la certeza de que existe. Es una realidad tan profunda que lleva a la persona a dar testimonio de ello a través de su propia vida. Esta certeza clara y segura impulsa a actuar de manera coherente con aquello que le da sentido a su existencia, aquello que lo “religa” (lo conecta) más allá de su propia vida. En este proceso, la esencia personal se impregna de esa creencia, llegando incluso a una fusión total con aquello que le da sentido a su ser. En palabras de Benedicto XVI: “El testimonio cristiano no consiste en imponer una doctrina, sino en vivir de acuerdo con ella, porque el amor de Dios no es una doctrina abstracta, sino una vida vivida. A través del testimonio de la vida, el cristiano da testimonio de lo que ha encontrado en el amor de Dios” (*Deus Caritas Est*, 31). Así, el testimonio no es solo un acto de palabra, sino una vivencia auténtica que surge de la convicción más profunda, de una certeza que orienta cada acción y pensamiento.

“La palabra *testimonio* proviene del latín *testimonium*, que significa prueba, justificación y comprobación de la certeza o verdad de algo” (Speake & LaFlaur, 2002, p.1). En este sentido, el testigo da fe de lo que vive, experimenta y defiende como verdadero, a partir de aquello que percibe con los sentidos y que lo impulsa a dar constancia real de lo que desea testificar. Otras definiciones hacen referencia, en un plano etimológico, a la cualidad de testimoniar con certeza un hecho, una creencia o una realidad considerada auténtica y no ficticia. Sobre esta dimensión, Ricoeur afirma: “El testigo ocular es la figura de autoridad en la transmisión de la memoria. Su presencia garantiza la continuidad entre lo acontecido y lo narrado. Allí donde falta el testigo, la historia corre el riesgo de disolverse en el olvido o quedar presa de la sospecha. El testigo, en consecuencia, constituye un puente entre la experiencia vivida y

su relato, y es a partir de él que se abre la posibilidad de una memoria compartida” (Ricoeur, 2000, 165)

El término *testimonio* adquirió un significado más profundo durante la época de las persecuciones cristianas, cuando comenzó a relacionarse estrechamente con el martirio. En griego, la palabra *mártir* (μάρτυς) se vinculaba de manera directa con la persona que estaba dispuesta a entregar su vida por la fe. Tertuliano lo expresa de manera contundente al afirmar: “Nos hacemos más numerosos cada vez que nos segáis: la sangre de los cristianos es semilla” (Tertuliano *Apologético*, cap. 50).

Este sentido del testimonio no permaneció en el plano teórico, sino que fue confirmado históricamente a través de la valentía de quienes ofrecieron su vida por Jesucristo. De este modo, el testimonio cristiano no se presenta como un concepto abstracto, sino como una realidad concreta y perceptible en la experiencia de los primeros mártires, cuya entrega fortaleció la fe de la comunidad y dio continuidad a la Iglesia naciente.

En el Antiguo Testamento, el término *testigo* aparece principalmente en el ámbito legal, especialmente en lo relacionado con los juicios por delitos. Así, el Deuteronomio establece: “No se levantará un solo testigo contra un hombre por cualquier iniquidad o por cualquier pecado que haya cometido; el caso será confirmado por el testimonio de dos o tres testigos” (Dt 19,15). Como se observa, en sus orígenes el concepto de testigo estaba estrechamente vinculado con la dimensión jurídica, en cuanto a la necesidad de pruebas suficientes para emitir un veredicto. No obstante, esta concepción se inscribe dentro del contexto cultural judío. En otras tradiciones, el término podía adquirir matices distintos, vinculándose con la lealtad y el honor hacia un rey, un emperador o una determinada orden, entre otros referentes de autoridad.

En el contexto hebreo, la Biblia utiliza el término “עֵד” (*‘ēd*), que hace referencia al testigo como aquel que ve o presencia un acontecimiento, cuya presencia garantiza la veracidad de un hecho perceptible a los sentidos (Botterweck & Ringgren, 1986,122). Un ejemplo se encuentra en el libro del Génesis: “Ahora bien, ven, hagamos un pacto tú y yo y que sirva de testimonio entre tú y yo” (Gn 31,44). Por su parte, en el contexto romano, especialmente en el ámbito jurídico, el testimonio adquiere un carácter eminentemente legal. Los testimonios en un juicio se presentaban de manera oral o por requerimiento directo de la autoridad, constituyéndose en una prueba fundamental dentro del proceso judicial.

En la época arcaica era el medio de prueba más aceptado, o el único, en el que los testigos declaraban oralmente ante el juez, previo juramento de decir verdad, contestando a preguntas del juez y de las partes lo que hubiesen visto y oído, por lo que se consideraban una especie de coadyuvantes de las partes litigantes, requeridos entre aquellos cuya fe no vacilaba.

El término *testimonio* ha estado estrictamente ligado, desde la antigüedad, a los juicios y procesos judiciales, en los cuales se esperaba que garantizara un juicio transparente y, por ende, un veredicto o sentencia justa. La investigadora Nelly Louzan, en su artículo: *Los testigos en el proceso romano*, explica: “Testigos: desde la época antigua fue el medio de prueba más importante debido a la casi exclusiva oralidad de los actos y al valor atribuido a la *fides*.” (Louzan, 2010, 45). Con el paso del tiempo, el testimonio ha trascendido el ámbito judicial y se ha convertido en un elemento fundamental en la vida humana en general. No se limita únicamente a los procesos legales, sino que se manifiesta en todas las dimensiones del ser humano. De ahí la sabiduría popular expresada en el refrán: “El testimonio o ejemplo arrastra”, ya que el ejemplo constituye una prueba viva de lo que se cree y se profesa, impulsando a la persona a vivir con coherencia entre su decir y su hacer.

En la tradición bíblica, este paso resulta aún más claro. En el Antiguo Testamento, el testigo estaba principalmente ligado al ámbito jurídico: “Por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la causa” (Dt 19,15). Sin embargo, en el Nuevo Testamento el término adquiere un sentido más profundo: el testimonio ya no se limita a un hecho legal, sino que se convierte en una expresión viva de fe. Así, el discípulo es llamado a ser testigo de Cristo (Hch 1,8), incluso hasta dar la vida por Él, como lo muestran los mártires de los primeros siglos. De este modo, el testimonio se entiende no como un medio de prueba en un juicio, sino como un estilo de vida coherente con la fe, que comunica con fuerza la verdad experimentada en Cristo.

¿Qué es ser testigo y testimonio desde lo teológico y lo bíblico?

Para fundamentar los términos *testigo* y *testimonio*, podemos rastrear diversas referencias bíblicas que, de manera progresiva, muestran su desarrollo desde el Antiguo Testamento hasta nuestros días. En el libro del Génesis se encuentra uno de los primeros ejemplos: “Y Labán dijo: Este montón es hoy un testigo entre tú y yo. Por eso lo llamó Galed y Mizpa, porque dijo: “Que el Señor nos vigile a los dos cuando nos hayamos apartado el uno del otro”

(Gn 31,48.50). En este contexto, el testimonio se manifiesta como un símbolo de alianza y pacto, representado por un montículo de piedras que sirven como prueba ante Dios. Él mismo es puesto como testigo y juez de lo pactado, especialmente en lo relacionado con el trato justo hacia las hijas de Labán: “Si maltratas a mis hijas, o si tomas otras mujeres además de mis hijas, aunque nadie lo sepa, mira, Dios es testigo entre tú y yo” (Gn 31,50).

Posteriormente, en el decálogo dado a Moisés, aparece el mandamiento: “No darás falso testimonio contra tu prójimo” (Ex 20,16). Aquí el testimonio está directamente vinculado al ámbito jurídico y al buen nombre de las personas, elementos de vital importancia en el contexto judío, pues de ello dependía la honra e incluso la vida de toda una familia o generación. Esta dimensión legal se refleja con mayor claridad en el libro de los Números: “Si alguno mata a una persona, al asesino se le dará muerte ante la evidencia de testigos, pero a ninguna persona se le dará muerte por el testimonio de un solo testigo” (Nm 35,30). El texto destaca la importancia de los testigos como garantía de un juicio justo, incluso en casos que implicaban la pena de muerte.

Un ejemplo dramático de esta práctica se encuentra en el relato de Susana, recogido en el libro de Daniel (Dn 13,41). Allí se muestra cómo el falso testimonio de dos ancianos estuvo a punto de condenar a muerte a una mujer inocente, evidenciando tanto el peso legal del testimonio como el peligro de su manipulación. Del mismo modo, el Deuteronomio refuerza esta perspectiva jurídica al establecer que: “Por dicho de dos o tres testigos morirá el que hubiere de morir; no morirá por el dicho de un solo testigo” (Dt 17,6). Este principio consolidó el papel del testimonio como requisito indispensable en la administración de justicia dentro de la tradición israelita.

En los libros históricos del Antiguo Testamento, como Josué, Rut y Samuel, los términos *testigo* y *testimonio* aparecen vinculados principalmente al ámbito de la alianza. En el libro de Josué, el líder de Israel establece un signo visible de este compromiso al colocar una piedra como testigo del pacto entre Dios y el pueblo: “Y escribió Josué estas palabras en el libro de la ley de Dios; y tomó una gran piedra y la colocó allí debajo de la encina que estaba junto al santuario del Señor. Y dijo Josué a todo el pueblo: He aquí, esta piedra servirá de testigo contra nosotros, porque ella ha oído todas las palabras que el Señor ha hablado con

nosotros; será, pues, testigo contra vosotros para que no neguéis a vuestro Dios” (Jos 24,26-27).

De manera semejante, en el libro de Rut se resalta la importancia de los testigos en el ámbito de las uniones matrimoniales, especialmente para garantizar la continuidad del linaje: “Entonces Booz dijo a los ancianos y a todo el pueblo: Vosotros sois testigos hoy que he comprado de la mano de Noemí todo lo que pertenecía a Elimelec y todo lo que pertenecía a Quelión y a Mahlón” (Rut 4,9). Finalmente, en el primer libro de Samuel, el profeta, ante las críticas del pueblo, pone como testigo a Dios mismo para confirmar su inocencia y rectitud: “Y él les respondió: El Señor es testigo contra vosotros, y su unguento es testigo en este día que nada habéis hallado en mi mano. Y ellos dijeron: Él es testigo” (1 Sam 12,5).

En conjunto, estos pasajes muestran que, hasta este punto de la historia bíblica, el testimonio está asociado principalmente a alianzas, juicios y defensa, ya sea a través de objetos como la piedra, de personas como los ancianos o de la misma divinidad que respalda la veracidad de los hechos.

En los libros sapienciales y proféticos también se encuentran referencias significativas al papel del testigo. En el libro de Job, el justo atribulado, en medio de su queja contra Dios y de la incompreensión de sus amigos, invoca al mismo Dios como testigo de su inocencia y defensor de su causa: “He aquí, aun ahora mi testigo está en el cielo, y mi defensor está en las alturas” (Job 16,19).

De modo similar, en el Salmo 89 se reafirma la solidez de la alianza de Dios con David, estableciendo como testigo cósmico a los astros, y de manera particular a la luna: “Será establecido para siempre como la luna, fiel testigo en el cielo” (Sal 89,37).

Por su parte, el profeta Isaías presenta al mismo pueblo de Israel como testigo de la unicidad y fidelidad del Señor, llamado a dar testimonio de su acción liberadora: “Vosotros sois mis testigos, declara el Señor, y mi siervo a quien he escogido, para que me conozcáis y creáis en mí, y entendáis que yo soy. Antes de mí no fue formado otro dios, ni después de mí lo habrá” (Is 43,10).

Finalmente, en Jeremías, el pueblo invoca a Dios como testigo de su compromiso de obediencia a las palabras proclamadas por el profeta, reconociendo así la validez y seriedad de lo declarado (cf. Jer 42,5).

En conjunto, estos textos muestran que, en la tradición sapiencial y profética, el testimonio se amplía hacia nuevas dimensiones: ya no solo ligado a pactos y juicios, sino también a la experiencia existencial del sufrimiento, a la permanencia cósmica de la alianza, al reconocimiento de la soberanía divina y al compromiso de obediencia del pueblo.

En la tradición bíblica, el testimonio no se limita a un simple papel dentro de una acción jurídica, sino que asume una dirección teológica particular, en cuanto manifiesta la fidelidad de Dios y la respuesta del pueblo a su iniciativa divina. Rolf Rendtorff subraya que: “el Antiguo Testamento debe leerse desde una perspectiva canónica, en la que cada uno de sus escritos, aun con su diversidad histórica y literaria, converge en el testimonio común de la alianza y de la acción salvífica de Dios en medio de su pueblo. Así, las múltiples voces — históricas, proféticas y sapienciales— no son fragmentos aislados, sino que forman parte de una memoria colectiva que da testimonio de un Dios único y fiel, que se revela en los acontecimientos de la historia y en la vida de la comunidad creyente” (Rendtorff, 2005, p. 676).

En el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento, particularmente en el contexto de Jesús, el testimonio adquiere un sentido más humano y existencial. Deja de estar ligado a objetos o realidades inanimadas, como piedras o astros, para centrarse en personas concretas y en su experiencia de vida. El punto de referencia es la persona misma de Jesús. Los Evangelios y demás escritos del Nuevo Testamento resaltan reiteradamente la importancia de permanecer unidos y perseverar hasta el final, tomando como fundamento las enseñanzas y el testimonio del Maestro: “Y les dijo: Así está escrito, que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día; y que en su nombre se predicara el arrepentimiento para el perdón de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas” (Lc 24,46-48).

La resurrección constituye el punto de partida de esta nueva comunidad cristiana. Los discípulos habían conocido a Jesús, habían sido testigos de sus palabras, milagros, pasión y muerte, y ahora, impulsados por el Espíritu Santo en Pentecostés, eran enviados a dar testimonio con su vida y obra de aquello en lo que creían. La persona de Jesús irrumpe en la historia de manera única e irrepetible. Su enseñanza no se limita al discurso: sus palabras van siempre acompañadas de gestos, logrando una armonía entre misericordia e interpelación. Es compasivo con los que sufren y firme con los opresores. Su mensaje es vivo, directo y, en muchos casos, incómodo. Sus seguidores no fueron los más ilustrados ni los de mayor prestigio social; lo acompañaron mujeres, niños, enfermos y marginados, e incluso los espíritus inmundos lo reconocían (cf. Mc 1,23-24).

Los cristianos del Nuevo Testamento están convencidos de que Jesús es realmente el Hijo de Dios. Aunque murió, venció la muerte, y sus discípulos fueron testigos de este acontecimiento fundamental: “Viéndolo antes, habló de la resurrección del Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos” (Hch 2,32).

Para los cristianos, dar testimonio implica imitar integralmente a Jesús. Su vida revela el camino a seguir; en Él culminan y se cumplen las diversas normas y leyes. Así, ser testigo no se reduce a declarar hechos, sino a encarnar su enseñanza y ejemplo, convirtiéndose en “otros Cristos” en la vida de las comunidades nacientes, cuyo propósito es vivir y transmitir la fe de manera coherente y transformadora.

El testimonio de Esteban, considerado el primer mártir cristiano, constituye uno de los hechos más trascendentales del Nuevo Testamento. Resulta difícil imaginar que alguien entregue su vida por una falsedad; su muerte evidencia la fuerza de la verdad liberadora de Cristo, quien inspira incluso en sus primeros seguidores una entrega total por la continuidad de su obra redentora. Esteban, en un acto de perdón hacia sus verdugos, exclamó: “Y cayendo de rodillas, clamó en alta voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Habiendo dicho esto, durmió” (Hch 7,60). Su testimonio no solo marcó un precedente en la historia del cristianismo, sino que abrió el camino para los numerosos mártires que, siguiendo su ejemplo, donaron sus vidas convencidos de la promesa de la vida eterna en Jesucristo.

“Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad. Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu” (2 Co 3,18). La fe de estos primeros cristianos era eminentemente experimental vivencial: sentían la presencia del Espíritu Santo, que los animaba, fortalecía y liberaba del miedo. Este cambio fue tan evidente que incluso los judíos se asombraban al observar cómo un pequeño grupo de discípulos crecía y convertía incluso a algunos de sus antiguos perseguidores. Como se relata: “Y todos los que lo escuchaban estaban asombrados y decían: ¿No es éste el que en Jerusalén destruía a los que invocaban este nombre, y el que había venido aquí con este propósito: para llevarlos atados ante los principales sacerdotes? Pero Saulo seguía fortaleciéndose y confundiendo a los judíos que habitaban en Damasco, demostrando que este Jesús es el Cristo” (Hch 9,21-22).

Impulsados por esta experiencia, los discípulos comenzaron a expandir la comunidad cristiana, estableciendo ministerios y trazando rutas de misión. Aquellos que antes eran tímidos y temerosos se transformaron en valientes testigos del Reino de Dios, dispuestos incluso a entregar sus vidas por la fe en Jesucristo. Su testimonio refleja la fuerza transformadora del Espíritu y la autenticidad de una fe vivida con coherencia y valentía.

En el Nuevo Testamento, el testimonio deja de centrarse en objetos o normas jurídicas y adquiere un carácter profundamente personal y cristocéntrico, encarnado en la vida de Jesús y experimentado por sus discípulos. Dar testimonio implica participar activamente en la obra de Cristo, siguiendo su ejemplo y proclamando con la vida lo que se ha visto y vivido. Como afirma José Antonio Pagola: “La fe cristiana no consiste en aceptar un conjunto de verdades teóricas, sino en aceptar a Cristo como modelo de vida en el que podemos descubrir cuál es la tarea verdadera que debe realizar el hombre” (Pagola, 1985, p. 2) Esta perspectiva permite comprender que los primeros cristianos no solo narran hechos pasados, sino que se convierten en mediadores de la experiencia de Cristo, transformando su existencia cotidiana y compartiendo su fe con coherencia entre palabra y acción. Así, el testimonio se convierte en un puente entre la resurrección de Jesús y la vida concreta de las comunidades nacientes, donde la fidelidad y la entrega reflejan la centralidad de Cristo en la vida del creyente.

Según Brown (2002, p. 37), “el testigo en el Nuevo Testamento es aquel que ha experimentado a Cristo resucitado; su vida da testimonio de esa experiencia”. Esta vivencia transforma a la humanidad, generando comunidades diversas pero centradas en un mismo núcleo: Cristo. La expansión del fenómeno cristiano se da hacia otras culturas, credos y prácticas culturales, alcanzando incluso algunas de las grandes civilizaciones e imperios, llevando consigo un mensaje plenamente cristocéntrico.

“La Iglesia es Iglesia solo cuando existe para los demás debe testificar y anunciar la palabra de Dios, no dominar, sino ayudar y servir. Debe decir a los hombres de toda vocación lo que significa vivir para Cristo, existir para los demás.” (Bonhoeffer, 2001, p. 501). Así, los cristianos están convencidos de que Jesucristo es la verdad y el camino, una convicción que las comunidades primitivas reflejaron en los Evangelios y que continúa orientando la vida y el testimonio de la Iglesia.

Bonhoeffer distingue el testimonio cristiano del proselitismo común, que busca adeptos mediante toda clase de artimañas. En contraste, los cristianos atraen a otros por la autenticidad de su ejemplo y modo de vida; todos son bienvenidos, y los bienes se comparten según las necesidades de cada uno. Como se relata en los Hechos de los Apóstoles: “Todos los que habían creído estaban juntos y tenían todas las cosas en común; vendían todas sus propiedades y sus bienes y los compartían con todos, según la necesidad de cada uno. Día tras día continuaban unánimes en el templo y, partiendo el pan en los hogares, comían juntos con alegría y sencillez de corazón” (Hch 2,46-47).

El testimonio cristiano tenía un impacto profundo: los cambios eran drásticos y transformadores, y antiguos perseguidores, como Pablo, se convirtieron en destacados testigos. Su determinación, fe y tenacidad interpelaban los modelos sociales y las estructuras religiosas de la época, evidenciando que el testimonio auténtico se sustenta en la experiencia vivida de Cristo y no en estrategias de persuasión externa.

El libro de los Hechos presenta con claridad el núcleo del testimonio apostólico: no se trata de ideas sin fundamento, sino de la experiencia concreta de la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret. Los discípulos proclaman lo que han visto y oído, convencidos de que en Él se revela la acción salvadora de Dios. En este sentido, Pedro resume así la misión de Cristo

y el fundamento del testimonio de la Iglesia: “Vosotros sabéis cómo Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder, el cual anduvo haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él. Y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. Y también le dieron muerte, colgándose en una cruz” (Hch 10,38-41). Jesucristo, aquel hombre humilde de Nazaret, hijo de un carpintero y de una joven ama de casa, se convirtió en la razón fundamental para que muchos transformaran su existencia, abrazaran el discipulado y anunciaran el Reino de Dios a todas las culturas.

El testimonio en el Nuevo Testamento no puede entenderse solo como un relato externo de hechos pasados; se trata, más bien, de una participación viva en el acontecimiento de Cristo. Por eso, la comunidad cristiana primitiva comprendió que dar testimonio implicaba prolongar en la historia la obra redentora iniciada por Jesús. Según Ratzinger: “El testigo cristiano no es simplemente un narrador objetivo de hechos pasados; es alguien que ha sido alcanzado por el acontecimiento de Cristo y cuya vida misma se convierte en mediación de ese acontecimiento al mundo” (Ratzinger, 2001, p.57).

En esta perspectiva, el discípulo se reconoce como protagonista activo de la misión de Cristo. La certeza de esta realidad lo impulsa incluso a entregar la vida por fidelidad a ella. Además, cada miembro de la comunidad se entiende como un igual entre muchos, donde los ministerios no son estructuras de poder o jerarquía, sino formas concretas de servicio. Este modelo rompe con los paradigmas sociales, políticos y religiosos dominantes, mostrando que el verdadero liderazgo cristiano nace de la entrega y la comunión.

El testimonio del cristianismo primitivo no consistía simplemente en proclamar verdades doctrinales, sino en encarnar la fe de manera cotidiana y significativa. Como afirma el papa Francisco: “[...] nuestro testimonio se realiza con hechos, porque la fe no es un privilegio que se ha de reclamar, sino un don que se debe compartir.” (Francisco, 2022, párr. 6). Esto se alinea con la proclamación apostólica de los primeros cristianos, quienes, motivados por la resurrección de Cristo y el poder del Espíritu, experimentaron una transformación personal que se reflejaba en la vida comunitaria. Los creyentes testimoniaron por medio de actos concretos de solidaridad, mostrando que la fe no era una ideología sin fundamento, sino una

forma de vida que atraía auténticamente a otros. El testimonio, en su sentido más pleno, implica dar testimonio de Cristo no solo con el decir, sino también con gestos que revelan la presencia vivificante del Evangelio en la cotidianidad.

El recorrido realizado muestra que la categoría de testimonio, enraizada en el Antiguo Testamento y plenamente configurada en la experiencia de Jesús en el Nuevo Testamento, constituye un elemento esencial de la identidad cristiana. El testigo no es un simple narrador de hechos pasados, sino un sujeto que participa activamente en la obra salvífica de Dios y en la misión de los cristianos de anunciar el mensaje de Jesús. Desde esta perspectiva, el testimonio se revela como una categoría teológica y existencial que une fe y vida, palabra y acción, memoria y compromiso. Su vigencia radica en que continúa interpelando a las comunidades cristianas actuales a vivir la fe de manera coherente y transformadora, mostrando que el seguimiento de Jesús implica no solo una adhesión intelectual, sino su práctica encarnada en la historia.

Paralelo Juan el Bautista y el padre Álvaro

“Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. Este vino como testigo, para dar testimonio de la Luz, para que todos creyeran por medio de él” (Jn 1,6-7). Es fundamental considerar la figura de Juan el Bautista como arquetipo del testigo que señala a otro mayor, pues su misión no consistió en centrarse en sí mismo, sino en preparar el camino y dar testimonio de la presencia de Cristo (cf. Jn 1,6-8.29-30). En esta perspectiva, la tensión entre los seguidores del Bautista y los de Jesús ilustra la tentación recurrente de absolutizar al mensajero en lugar de reconocer al verdadero centro de la fe. Este trasfondo permite iluminar el testimonio del padre Álvaro, cuya vida y ministerio no buscaron atraer la mirada hacia su persona, sino conducir a los demás al encuentro con Jesucristo. Así como el Bautista comprendió que debía disminuir para que Cristo creciera (cf. Jn 3,30), el padre Álvaro encarnó un modo de servicio donde la centralidad de su misión no fue él mismo, sino la proclamación del Evangelio y la entrega generosa a la comunidad.

En los Evangelios se encuentran referencias que buscan mostrar a los lectores y a las primeras comunidades la necesidad de discernir quién era verdaderamente el Mesías. La confusión

estaba presente, ya que Jesús había escuchado a Juan y fue bautizado por él en el Jordán: “Y sucedió en aquellos días que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán” (Mc 1,9). El testimonio de Juan resultaba profundamente impactante: su predicación y su modo de vida eran novedosos y provocadores, lo que llevó a muchos a considerarlo como el Mesías esperado. Su influencia era tan grande que congregaba numerosos seguidores e, incluso, era respetado y admirado por el propio Herodes, quien reconocía su coherencia y el estilo radical con que vivía (cf. Mc 6,20).

Jesús, por su parte, inicia un movimiento más incluyente y cercano, alejándose del tono moralizante y condenatorio que caracterizaba la predicación de Juan, para anunciar a un Dios Padre misericordioso, donde todos tienen cabida. Su mensaje comienza a ganar fuerza, sus seguidores se multiplican y, con ello, surgen las comparaciones y disputas entre los discípulos de ambos. Como señala Brown en *El Evangelio según san Juan*: “La disputa sobre la purificación entre los discípulos de Juan y un judío, seguida de la queja dirigida a Juan sobre el éxito de Jesús, apunta al antagonismo real que existió entre los seguidores de ambos. El evangelista quiere mostrar que Juan reconoció a Jesús como superior y aceptó que su papel era preparatorio” (Brown, 2004, p 150.). De este modo, el Evangelista subraya que la misión de Juan no era la de presentarse como el Mesías, sino la de testigo fiel cuya tarea consistía en preparar el camino y señalar al verdadero Salvador.

Otros autores, como Rudolf Schnackenburg, también hacen referencia a estas disputas, en particular a lo relacionado con la purificación y el ayuno entre los grupos de discípulos. Schnackenburg (1980, p. 178) afirma: “El cuarto evangelista quiere subrayar que no hay rivalidad alguna entre Juan y Jesús, aunque los discípulos del Bautista sientan celos. Juan proclama que su misión está cumplida y que ahora debe retirarse para que Jesús crezca.” La discusión sigue abierta, pues diversos estudios sostienen que las primeras comunidades cristianas redactaron textos con la intención de clarificar el verdadero papel de Juan, incluso atribuyéndole palabras de confesión explícita sobre la identidad mesiánica de Jesús. En este sentido, Brown señala: “Los pasajes donde el Bautista proclama la identidad mesiánica de Jesús probablemente no reflejan palabras exactas del personaje histórico, sino que son construcciones teológicas de las comunidades cristianas primitivas para aclarar que Juan no era el Mesías, sino su precursor” (Brown, 2005, p. 176). De este modo, el Evangelio no solo

expone la grandeza del Bautista, sino que lo sitúa en su lugar propio: el de testigo fiel, subordinado a la plenitud revelada en Cristo.

En el Nuevo Testamento, Juan el Bautista es reconocido como el testigo y precursor del Mesías, aunque aún después de la resurrección seguía activo un grupo de “juanistas”. Ambos movimientos, el de Juan y el de Jesús, tenían comunidades emergentes cuyos miembros podían pasar de uno a otro por razones diversas. Estas comunidades compartían valores comunes, como la fe monoteísta heredada de Israel, pero también se distinguían por su estilo y apertura pastoral. En este contexto, la pesquisa bíblica ha dedicado “una ingente cantidad de esfuerzos exegéticos para explicar la verosimilitud histórica de este testimonio del Bautista y lo que de propia teología ha querido cubrir el Evangelista bajo la autoridad del Precursor del Señor” (Jáuregui, 2001, p. 103). Este enfoque revela el empeño de las primeras comunidades por clarificar el verdadero papel de Juan: un testigo fiel cuya palabra no compite con la de Cristo, sino que lo precede y señala. Por tanto, el Evangelio afirma que Juan fue llamado no a ser centro, sino a desaparecer para que creciera aquel a quien anunciaba (cf. Jn 3,30).

Pagola (2007, p. 112) señala: “Todo parece indicar que durante algún tiempo hubo cierto paralelismo entre el movimiento de Juan y el de Jesús. Incluso después de la muerte del Bautista, algunos de sus discípulos siguieron fieles a su memoria, lo que probablemente generó tensión con los primeros cristianos”. Esta observación resulta fundamental para comprender las tensiones presentes en las primeras comunidades cristianas, donde el testimonio del Bautista seguía teniendo un peso significativo.

Las referencias bíblicas en las que Juan se dirige a Jesús son claras y doctrinales, sin dejar duda acerca de su papel como precursor y servidor del Mesías. Juan se reconoce subordinado a la misión y santidad de Cristo, declarando de manera explícita que él no es el Mesías, sino aquel que ha venido a preparar su camino. En este sentido, Pagola (2007, p. 113) afirma: “En los evangelios, Juan aparece siempre subordinado a Jesús. Pero esto no significa que históricamente no hubiese una pugna, aunque silenciosa, entre sus respectivos seguidores. El cuarto evangelio quiere resolverla definitivamente”.

De este modo, los evangelios presentan una teología madura que sitúa a Jesucristo como el verdadero Hijo de Dios, el Cordero y el Mesías esperado, mientras que Juan el Bautista queda enmarcado en su papel de testigo fiel y precursor que reconoce la centralidad de Jesús en la historia de la salvación.

El evangelio de Juan presenta al Bautista como el testigo que prepara el camino del Mesías: “Vino al mundo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan. Éste vino como testigo, para testificar de la luz, a fin de que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz” (Jn 1,6-8). De manera semejante, puede entenderse la vida del padre Álvaro Ulcué, quien, aunque no fue el hijo esperado de una madre estéril ni el primogénito único, pues creció entre seis hermanos, se constituyó en un verdadero testigo de Cristo en medio de un pueblo que muchos consideraban más pagano que cristiano.

Si bien el padre de Juan era sacerdote, el del padre Álvaro desempeñaba un papel de autoridad semejante en su comunidad como gobernador del cabildo de Pueblo Nuevo, mientras que su madre, al igual que Isabel, asumió con entrega la ardua tarea de ser ama de casa. Al igual que el Bautista, el padre Álvaro nació en un contexto de pobreza: su hogar, con paredes de caña, techo de paja y piso de tierra, se asemejaba más a un pesebre que a una mansión.

El evangelista Mateo describe así a Juan: “Y él, Juan, tenía un vestido de pelo de camello y un cinto de cuero a la cintura; y su comida era de langostas y miel silvestre” (Mt 3,4). De modo paralelo, aunque el padre Álvaro no creció en una familia rica, su hogar le proveyó el alimento propio de la cultura nasa, basado principalmente en el maíz y otros productos autóctonos. Si bien su dieta no siempre era equilibrada desde el punto de vista nutricional, sí estaba marcada por la solidaridad: ningún peregrino o vecino que llegara a un hogar del resguardo quedaba sin alimento.

Como muchos niños de su tiempo, el padre Álvaro creció con lo mínimo. Descalzo, al igual que Juan, recorría las calles de su pueblo, enraizándose en la madre tierra y recibiendo de ella la energía necesaria para fortalecer su voz, llamada a clamar en el desierto de injusticias impuestas por los terratenientes. Su nacimiento no fue anunciado como el del profeta esperado en el Antiguo Testamento (cf. Mal 3,1), pero las familias clamaban al gran Juan Tama la fuerza y la sabiduría para transformar el destino de su pueblo. Tal como anuncia la

profecía: “He aquí, yo os envío al profeta Elías antes que venga el día del SEÑOR, día grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que venga yo y hiera la tierra con maldición” (Mal 4,6).

El padre Álvaro será comprendido no solo como profeta, sino también como líder indígena tan esperado por la cultura nasa. Su voz resonó en las montañas, denunciando las injusticias y las esclavitudes que imponían los terratenientes, y sus predicaciones hicieron mella en los oídos de quienes, incluso escudados en la religión que decían profesar, mantenían sistemas de opresión sobre su pueblo.

En este horizonte profético, la autocomprensión del padre Álvaro se acerca a la humildad y al servicio que caracterizó a Juan el Bautista. Mientras Juan se reconocía únicamente como voz que clama en el desierto (Jn 1,23), subordinando siempre su misión a la de Cristo, el padre Álvaro se definía con sencillez: “Soy un servidor más dentro de la comunidad. Un hombre más que un líder. El que orienta tanto material como espiritualmente, éste sería el personaje. Mi raza espera mucho de mí; la guiaré en la forma en la que me crea capaz” (Largo Vargas, J. M.p.5.2018). Esta afirmación revela una conciencia clara de su papel, no como caudillo, sino como testigo y guía, profundamente arraigado a la misión que su pueblo le había confiado. Al igual que Juan, su autoridad no residía en el poder, sino en la coherencia de vida y en el testimonio que ofrecía como mediador entre la Palabra de Dios y la historia concreta de su comunidad.

La vida y el testimonio de Álvaro Ulcué Chocué no solo se explican desde su opción pastoral, sino también desde las huellas que dejó en su comunidad. Su palabra y su ejemplo se hicieron memoria viva en los comuneros, especialmente en los más pobres y marginados, quienes encontraron en él una voz de dignidad y resistencia, semejante a la del Bautista que clamaba en el desierto: “Y tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán por su nacimiento. Porque él será grande delante del Señor; no beberá vino ni licor, y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre” (Lc 1,14-15). De modo semejante a Juan, solo las generaciones futuras comprenderán la importancia de este sacerdote indígena, nacido de la estrella y el agua -como lo expresa el mito creacionista nasa-, quien iluminó las mentes de aquellos que habían quedado ciegos por las migajas jornaleras e irrigó con el Evangelio la siempre viva

dignidad indígena. Álvaro no era un hombre marcado por complejos de inferioridad; se sabía tan capaz como cualquier hijo de Dios y sentía que su tarea era despertar la conciencia de quienes vivían adormecidos por el licor o sometidos a las deudas impagables de los padrinos blancos.

Su palabra quedó sembrada en el corazón de sus coterráneos, los comuneros de su resguardo. Dominga, una anciana de la comunidad, recordaba en una entrevista: “Álvaro, no me olvido de lo que un día me has dicho: ‘no caminar con la cabeza agachada, levántala: *dxiktjesa txiiscxa u'june cue*’. Me decías: ‘no tengas miedo de hablar y grita la verdad con los abuelos, para que los comerciantes y los terratenientes no sigan robándose. Sigam caminando en igualdad, sin divisiones, compartiendo. Únanse las mujeres, valórense y no se dejen atropellar por los hombres. Vivan la Palabra de Jesús que nos invita a amarnos los unos a los otros” (Semilla y Camino, 2011, p. 106).

Así, al igual que Juan el Bautista fue voz que clamó en el desierto, Álvaro Ulcué se constituyó en voz profética que denunció, no tanto en un estilo moral y escatológico, sino en la urgencia de un cielo presente apagado por los infiernos de la desigualdad y la injusticia, en una tierra donde todo debía ser vivido en clave comunitaria.

Así como Juan preparó los caminos del Mesías y proclamó una verdad que desafiaba las estructuras de su tiempo, el padre Álvaro asumió un papel profético frente a las injusticias y desigualdades que afectaban a su pueblo. Su testimonio no se limitó a la prédica moral, sino que implicó una acción concreta de transformación social, denunciando las violaciones a la dignidad humana y el abuso de poder, manteniendo siempre a Cristo como centro de su vocación: «Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor para preparar sus caminos» (Lc 1,76).

Álvaro fue un profeta cuya obra y testimonio solo fueron plenamente valorados después de su muerte. Su denuncia era repudiada incluso por algunos miembros de su propia comunidad, pues parecía romper los paradigmas de un sistema anquilosado, disfrazado de progreso y estabilidad. Como señala Brueggemann: “La tarea del profeta no es mantener el statu quo, sino interrumpirlo con la voz de Dios, incluso cuando esa voz resulte insoportable para la comunidad” (Brueggemann, 1986, p. 12). Hombres como el padre Álvaro resultan

incómodos, y su profetismo interpela a los poderes y modelos establecidos, tal como ocurrió con los terratenientes del Cauca, quienes veían en él un obstáculo para sus proyectos expansionistas y la adquisición de tierras.

Su testimonio, al igual que el de Juan el Bautista, se centra en la fidelidad a la verdad y en la denuncia de la injusticia, encarnando el Evangelio en medio de su pueblo y haciendo visible la voz de Dios en la historia.

“El profeta no está para tranquilizar ni para confirmar a la sociedad en sus seguridades, sino para perturbar, para denunciar las ilusiones y recordar la verdad de Dios allí donde ha sido sofocada” (Ellul, 2004, p. 27). Álvaro era un “indio” perturbador de la lógica latifundista de la época; sus paisanos, sumidos en el licor y el juego, y familias enteras endeudadas con sus patrones por créditos impagables, tenían sus jornales y cosechas ya empeñados sin siquiera haber sido sembrados. Una nueva forma de esclavitud envolvía a estas familias, por las cuales varios ancestros habían dado la vida en defensa de su libertad.

Álvaro no solo era la voz que grita en el desierto, como Juan (cf. Jn 1,23), sino también la llama que avivaba los corazones nasas adormecidos por costumbres ajenas, motivando a sus hermanos a valorar la lengua y la cultura, y a prepararse profesionalmente para asumir cualquier cargo en pro del desarrollo de las comunidades indígenas. En una de sus reuniones decía: “Los muertos ya están descansando, pero nosotros, mientras estemos vivos, tenemos que hacer algo. No podemos dejar morir a los niños por desnutrición; tenemos que ayudar a los ancianos, orientar a los jóvenes, enseñarles a amar la comunidad, a valorar la cultura, a sentirse orgullosos de ser indígenas, a preocuparse por la suerte de los demás, a organizarse de verdad, a unirse para luchar por los derechos. Estemos seguros de que, si nos dormimos, nos aplastan; si nos dividimos, acaban con nosotros” (Semilla y Camino, 2011, p. 21). Muchos se preguntaban de dónde había salido ese joven padre con cara de “indio” que hablaba tan elocuentemente y con la valentía que solo, tal vez, muestran los líderes blancos o modelos libertarios de otros continentes.

“La multitud, al oírlo, quedaba asombrada y decía: «¿De dónde le vienen todas estas cosas? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros hechos por sus manos?»” (Mc 6,2). Tal vez el mayor milagro de Álvaro fue despertar la conciencia de los pueblos indígenas

y lograr que se organizaran en todos los procesos culturales, desde cómo vender un producto hasta cómo recuperar una tierra. Álvaro parecía tener la luz del Espíritu Santo, que guiaba los caminos cuando más oscuros eran; era un Moisés sacando a su pueblo de la esclavitud en su propia tierra, un Cristo camino a la cruz que, consciente de su final, no rehusaba desistir, sino que, a pesar de sentir miedo, continuaba con su misión.

Álvaro, el primer “indio” sacerdote de Colombia, sigue presente no solo en los corazones nasas, sino también en las demás organizaciones indígenas que ven en él un ejemplo de valentía sin complejos de inferioridad: “Álvaro vive porque fue un rebelde, no un violento; un rebelde al Faraón, a Herodes y a Pilato, no un rebelde a su conciencia y al grito de los pobres. Fue rebelde porque fue obediente a la tradición de resistencia de sus ancestros y a la Palabra de Dios que encontró en la Biblia” (Semilla y Camino, 2011, p. 19). Este Dios que lo llamó desde esos rincones le dio la valentía de culminar su misión y, como el camino de Jesucristo, donó su vida, regó con su sangre la semilla dormida en la tierra para que germinara con raíces fuertes. “En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24). Álvaro, como grano fecundo, ilumina las diferentes organizaciones que ayudó a fundar y que hoy son pilares fundamentales de las comunidades indígenas. Los grupos pertenecientes al Consejo Regional Indígena del Cauca reconocen en Álvaro el gran aporte a los diferentes colectivos; el Proyecto Nasa, su mayor bandera, ha logrado que hoy los indígenas del Cauca y sus alrededores sean de las organizaciones más fuertes y organizadas del país, con alta injerencia política por medio de sus representantes y senadores, y con una mayor inversión social, cultural y educativa. El territorio, dividido en diferentes cabildos, posee autonomía organizacional, legislativa, ejecutiva y judicial. La sangre de Álvaro ha irrigado las venas de la tierra, brotando en los diferentes territorios y haciéndolos cada vez más sólidos y fuertes.

“No ha nacido entre los hombres uno mayor que Juan el Bautista” (Mt 11,1/15). Tal vez muchos no imaginaron que el primer sacerdote indígena de Colombia sería tan radical en el seguimiento de Cristo, incluso hasta donar su vida; o tal vez sí, como creyeron en él las Hermanas de la Madre Laura, que siempre lo apoyaron y vieron en aquel niño pobre y pequeño un David, un Juan, un Moisés, pero, sobre todo, un verdadero discípulo de Jesucristo. Al presentir su muerte dijo: “Mi compromiso es dar la vida”.

CONCLUSIONES

La figura del padre Álvaro Ulcué Chocué, sacerdote indígena nasa, se revela como un testigo profético cuya vida encarna con radicalidad el Evangelio en medio de un contexto marcado por la exclusión, la violencia y el racismo estructural que niega la identidad de los pueblos indígenas. Su testimonio no puede ser comprendido únicamente desde una perspectiva biográfica o sociopolítica, sino que exige una lectura teológica que lo sitúe en continuidad con la tradición bíblica del testigo fiel.

A lo largo del texto se ha evidenciado que el testimonio, como categoría teológica, no se reduce a la transmisión de hechos ni a la defensa de doctrinas, sino que implica una vivencia profunda, una adhesión existencial a la verdad revelada en Jesucristo. En este sentido, Álvaro Ulcué no fue un líder carismático en busca de reconocimiento, sino un servidor que asumió su vocación como mediador entre la historia de la salvación y la historia concreta del pueblo de Dios a lo largo de los siglos. Su vida fue una actualización del testimonio evangélico, la encarnación del amor de Cristo en medio de las comunidades, marcada por la fidelidad, la denuncia de la injusticia y la entrega total al servicio de los marginados.

Desde el Antiguo Testamento la figura del testigo ha estado vinculada a la justicia, la alianza y la defensa de la verdad. En el Nuevo Testamento, esta categoría se profundiza y asume un papel cristo céntrico, convirtiéndose en una expresión viva de fe que exige coherencia entre palabra y acción. Álvaro Ulcué, al igual que los primeros discípulos, asumió la misión de profeta y pastor, convirtiéndose en testigo del Reino en medio del contexto político y religioso de su tiempo. Su martirio no fue un accidente ni una consecuencia inevitable de su activismo, sino la culminación de una vida entregada al servicio del Evangelio y de su pueblo.

El testimonio de Álvaro Ulcué interpela a la Iglesia y a la sociedad contemporánea. Su vida denuncia las estructuras de poder que perpetúan la exclusión y la injusticia, y al mismo tiempo, propone un modelo de liderazgo basado en el servicio, la comunión y la defensa de la dignidad humana.

El paralelo con Juan el Bautista permite comprender que el verdadero testigo no se coloca en el centro, sino que señala al Otro, al Cristo que da sentido a toda vocación. Álvaro Ulcué,

como Juan, comprendió que debía disminuir para que Cristo creciera en medio de su pueblo. Esta actitud de humildad y entrega lo convierte en un referente espiritual que trasciende su contexto y se proyecta como modelo para toda la Iglesia, especialmente en su dimensión profética y misionera.

Referencias

1. Instituto para misiones Consolata. (2011). Álvaro Ulcué Chocue. Semilla y Camino.
2. Benedicto XVI. (2005). Deus caritas est [Encíclica]. Librería Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html.
3. Bonhoeffer, D. (2001). Resistencia y sumisión. Salamanca: Sígueme.
4. Botterweck, G. J., & Ringgren, H. (Eds.). (1986). Theological dictionary of the Old Testament (Vol. IX). Grand Rapids, MI: Eerdmans.
5. Brown, R. E. (2004). El Evangelio según Juan (I–XII). Estella: Verbo Divino.
6. Brueggemann, W. (1986). The prophetic imagination. Minneapolis, MN: Fortress Press.
7. Brueggemann, W. (1986). La imaginación profética. Salamanca: Editorial SAL TERRAE
8. Concilio Vaticano II. (1964). Constitución dogmática Lumen gentium sobre la Iglesia. En Documentos del Concilio Vaticano II. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana. Recuperado de https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.htm
9. Ellul, J. (2004). El profeta y su misión. Barcelona: Editorial Clie.
10. Francisco. (2022). El testimonio de vida. Vatican News. <https://comunidadesanpablo.org/conociendo-a-jesus-1/>
https://www.academia.edu/39553646/La_imaginacion_profetica
11. Jáuregui, J. A. (2003). Testimonio de Juan el Bautista. Universidad de Navarra. <https://dadun.unav.edu/server/api/core/bitstreams/0c159503-090a-4b30-bff7-508e7d8e79b1/content>.

12. Largo Vargas, J. M. (2018). Álvaro Ulcué Chocué (1943-1984). Un mediador intercultural en la vida política colombiana. Universidad Nacional de Colombia. Dialnet-AlvaroUlcueChocue19431984UnMediadorInterculturalEn-6521740.pdf
13. Louzan de Solimano, N. D. (2000). Los testigos en el proceso romano. En F. Camacho de los Ríos, S. Bello Rodríguez & P. Domínguez Tristán (Coord.), La prueba y medios de prueba: de Roma al derecho moderno (Vol. IV, pp. 465-470). En J. García Sánchez (Director), Fundamentos romanísticos del Derecho contemporáneo. Madrid, España: Boletín Oficial del Estado / Asociación Iberoamericana de Derecho Romano.
14. Pagola, J. A. (1985). Catequesis cristológica. Madrid: PPCPagola, J. A. (1985). Jesucristo: Catequesis cristológicas [PDF]. Jesuitas.lat. <https://jesuitas.lat/archivo/biblioteca/biblioteca-cpal/archivo-documental/JOS%20ANTONIO%20PAGOLA%20-%201985%20-%20JESUCRISTO%20CATEQUESIS%20CRISTLOGICAS.pdf>
15. Pagola, J. A. (2007). *Jesús. Aproximación histórica*. Bilbao: Sal Terrae.
16. Pagola, J. A. (1975). Jesucristo. Catequesis Cristológicas. Idatz.
17. Ratzinger, J. (2001). Introducción al cristianismo. Salamanca: Sígueme.
18. Rendtorff, R. (2005). El Antiguo Testamento. Una introducción (Trad. J. L. Sicre). Salamanca, España: Editorial Sígueme. Rendtorff, R. (2005). The Canonical Hebrew Bible: A Theology of the Old Testament (D. E. Orton, Trans.). Leiden: Deo Publishing.
19. Ricoeur, P. (2000). La memoria, la historia, el olvido (Trad. A. Neira). Madrid, España: Editorial Trotta.
20. Schnackenburg, R. (1980). El Evangelio según San Juan. Vol. I: Capítulos 1-4. Salamanca: Sígueme.
21. Sociedades Bíblicas Unidas. (1960/2011). La Santa Biblia: Reina-Valera 1960. Biblia Paralela.
22. Speake, J., & LaFlaur, G. (2002). Oxford Latin dictionary. Oxford University Press.